

Guayaquil, Marzo 14 de 1937.

Sr. Cnel. D. Enrique Rivadeneira, Inspector General del Ejército.

Quito:

Mi estimado señor:

Conozco a Ud. por una acción noble y bella, la de haberse interesado por la impresión de una obra de un escritor, para Ud. desconocido, porque conjeturé Ud. que no sería mala, sino de utilidad a la República. Mi generoso amigo, el Dr. Federico Coello había recomendado a Ud. mi dicha obra y hablándole de que quien deb. a suscribirse era el Sr. Jefe Supremo de la República por un compromiso contraído entre el Jefe Supremo y yo. Antes que él subiera al Poder, se imprimía ya la obra en la imprenta de los Señores Reed & Reed, de Guayaquil. Como yo no tenía dinero, Guayaquil se suscribió principalmente, y suministró a los editores lo preciso para el comienzo de la empresa. Se hallaban impresos 7 tomos, cuando ya los suscritores habían cesado. Entonces pensé el Jefe Supremo y le hablé de la necesidad de su concurso. Comprometió se en varias cartas, como le ha afirmado a Ud.; pero en las últimas de ellas, se refería a la opinión de Ministros, siendo así que todavía es Dictador, y que para una suscripción y compra de libros, debe ser suficiente el querer del Magistrado. Me resolví a no insistir y guardé silencio; pero mi obra se quedaba interrumpida.

En tales circunstancias me viene la noticia de la intervención generosa de Ud., ~~despertada~~ despertada por el patriotismo de uno de mi amigo el Dr. Coello, consentida por el magisterio del Sr. Jefe Supremo. Es mi deber agradecer preferentemente a Ud. señor Coronel, porque intervino solo por interés humanitario. Ud. comprende que mi interés en la insistencia es justo. Mi humilde milde trabajo es paramente mío y por la Patria. Pobre he quedado y yo, porque fui perseguido 20 años, en la flor de mi edad, con tres largas prisiones en suelo extranjero, con injurias, etc. Tengo otras obras tan de aliento como la que estoy imprimiendo; y el Editor debe ser el Gobierno, porque son de asunto ecuatoriano. Ahora no me atrevo a proponerle. Como me intención es tomarme la libertad de tratar a Ud. de verdadero amigo, háblele de estas cosas, con la seguridad de que Ud. ha de atenderme. Díguese Ud. contestarme con franqueza. El mayor dolor mío sería que quedase interrumpida mi obra, al acacer mi muerte. Mi edad es la de 86 años, y mi enfermedad gravísima: ha visto el Jefe Supremo el certificado del Dr. ~~R. M. E.~~ Cornejo Gómez, uno de los mejores médicos de aquí. A Ud. le ha de oír con atención, ha de ver que no hay la menor culpa mía, pues admiro su Gobierno. Me ha de tener Ud. por sincero, pues por sinceridad han sido hasta mis sacrificios, y ha de aceptar mi condial amistad.